

# Convocatoria. De experiencias y otredades.

Ayelén Zaretti

Cuando este número empezó a pensarse no había pandemia. No había cuarentena y nadie usaba barbijo. No hacía falta bañarse en alcohol en gel para salir a la calle. Los cuerpos podían encontrarse en la cola del supermercado, amucharse en el colectivo, olerse de cerca en el bar del pueblo. No había miedo. O no tanto. O no este. Y eso, parece, nos dejaba tocar(nos) un poco más. O al menos, eso creíamos.

Este número se pensó para el otoño de un año que no existió o que existió demasiado. Tanto que ese otoño tuvimos la ineludible tarea de hablar de lo que nos estaba pasando. Hablar desde las vísceras, que eran, al final, las que estaban pagándolo todo.

Y tal vez sea irónico que el número dedicado a las experiencias de la corporalidad quedara resignado precisamente, por la premura de hablar de algo que cooptaba los cuerpos. La premura y la necesidad imperiosa de hablar de eso que era tan total y absoluto que nos desgranaba como a un choclo seco. Algo que desgranaba todos los cuerpos. Cualquier cuerpo y cada cuerpo.

Tal vez sea irónico que el número escrito desde la experiencia, se viera detenido por una experiencia radical (o de la radicalidad). Tal vez sea irónico. O no.

Porque resulta que este número tiene como eje una escritura experiencial y experimental. Más lo primero que lo segundo aunque es notable que aquí escriben en buena medida, aquellxs que habitualmente leen. Más lo primero porque estos textos nacen de los relatos de experiencias físicas transducidas a texto. Vienen de ser y hacer cuerpo para convertirse en esa otra cosa que es el tejido de palabras con que habitualmente intentamos explicarnos el mundo. Escritura experiencial que saca a los cuerpos de ese lugar de objeto que habitualmente ocupan en la ciencia y la filosofía, para ponerse a desarmar los modos en que se legitima el pensamiento, para ponerse a pe(n)sar.

Por eso, estos textos no son estrictamente artículos. Ni hablan la lengua de la academia disciplinar. Son siempre cruces: intersecciones, barras y señalética. Son siempre encuentros: de lxs autorxs, de los temas, de las palabras. Son, todo el tiempo, espacios de prueba: dar el tiempo a la experimentación, dar lugar a la experiencia.

En *El problema de la experimentación* Fer Zuber introduce el juego de rol como una posibilidad de experimentar no sólo en el espacio lúdico que se abre con el juego, sino también -y quizá, sobre todo- en (con) la vida misma. Experiencia vital y experimentación se encuentran en los relatos posibles del juego de rol invitando a re (o des) definir la (propia) (noción de) identidad. Escrito desde la experimentación de cruzar fronteras e hibridar prácticas, el texto cuenta una experiencia lúdica interpelada por la filosofía, por el movimiento, por la psicología y por un juego que construye ficciones allí donde ya es la ficción de la vida.

Ficcioneando, Fernanda Gómez Murillas imagina a Merce

Cunningham dando clases por zoom para contar su propia experiencia con este bailarín, compositor y pensador de la danza. *En Encuentro por Zoom con Merce Cunningham* la experiencia colectiva de la pandemia, habilita otras formas de pensar lo moviente, allí donde parece que todo sería quietud y silencio.

Por esta misma línea avanza el texto *Relatoría pedagógica de la escritura de lo moviente, atravesadas por la CoViD19* de Claudia Gomez Luna, Nora Costanzo y Fernanda Gómez Murillas. En medio de unas prácticas del movimiento atravesadas por la palabra y por la mirada, la pandemia y su cuarentena, hicieron de las experiencias del cuerpo unas experiencias de la distancia. Distancias que aquí se leen como un entre que habilita, que inventa, que invita a seguir moviendo, a seguir con (en) lo moviente. Pero no porque lo quieto o lo improductivo sean indeseables, sino porque lo deseable (o mejor, lo deseante) está puesto en los encuentros que esa distancia, que ese entre, es capaz de producir; los encuentros que allí (siempre ya) se producen.

De esos encuentros posibles, de esos encuentros de los cuerpos, hablan Nair Gramajo y Belén Bijarra en *Acuerpamiento. Una serie de cartografías violentas*. Muy previo a la pandemia y sus encierros, *Acuerpamiento* habla de otros encierros. También físicos. También concretos y materiales. También violentos. Habla del encierro, pero también del escape; o mejor, de la deserción. Desertar de la categoría sexo-genérica de mujer para devenir manada, para devenir múltiple. Se trata del relato experiencial de un acuerpamiento, de la composición de una manada; relato humilde e íntimo, pero radical y contagioso. Justo ahora que el contagio se volvió mala palabra, Gramajo, Bijarra y las desertoras contagian manada.

Casi como si se hubieran leído el uno a las otras, las otras al uno, en *Lo corporante. Biopolítica estética y teratopolítica de lxs cuerpxs*, Santiago Díaz propone lo teratopolítico como reexistencia, hacerse monstrux como movimiento e(ró)tico-político, como micropolítica sensible que agencie las resonancias de todas esas potencias-cuerpxs. Lo corporante como la(s) reexistencia(s) que se crean en lo comunal para escapar de la biopolítica estética de un capitalismo cuya condición es, cada vez más, el anesteciamiento de lo sensible.

Precisamente el texto que escribimos con Magalí Gutierrez, *Experimentación: creación de (otros) afectos posibles. Cartografía de una experiencia*, nace preguntándo(se) cómo hacer(se) posibles otras formas de estar juntxs. Si nuestrxs cuerpxs amanecen configurados en los estratos capitalísticos que preservan lo que hay en ellxs de individualidad y repetición de lo siempre igual, ¿cómo los desconfiguramos? ¿cómo salirnos de estos cuerpos y devenir otrxs? La estrategia es el Cuerpo sin Órganos deleuziano. Pero no como receta, sino como pauta de experimentación. Todo el texto no es más (ni menos) que el relato de una experiencia de movimiento compartido. Compartido en el hacer juntas, pero sobre todo, en el partir de la mano; salir(nos) juntas de esa(s) figura(s) de cuerpo que inhabilitan los encuentros confinándonos a los límites de una piel sin poros. Salir(nos) juntas para colectivizar lxs cuerpxs, para hacer(nos) un intento de CsO; quizá para *acuerparnos*, quizá para dar con lo *corporante*, quizá solamente para hacernos la vida más vivible.

Si algo acomuna a estos textos es la búsqueda de otros modos posibles para la vida; otros *mundos de posibles*; otras vidas posibles de ser vividas. Es esa búsqueda la que reenvía a la

experimentación. No como prueba científicista que repite una y otra vez ciertas instrucciones en ambientes controlados y siempre iguales a sí mismos, sino al contrario, como el conocimiento que avanza *tanteando*; prueba y error, error y errancias. No tanto para durar como para insistir.

Si algo acomuna a estos textos, es la insistencia en lo que mueve (lo moviente). Y la ironía de la cuarentena que detuvo al número, se completa en nuestro pequeño odio interno a la pandemia por arrebatarnos la danza y sus (nuestrxs) cuerpxs. O mejor, por arrebatarnos el movimiento. Porque es lo moviente, el cambio, eso que reclama el registro (que altera) de lo otro que está ahí diciendo que no hay vacío, que hay alteridad, que hay Afuera, que hay otredad. ¿Cuáles son las formas de entrar en relación con eso otro que nos (en lo que) habita(mos)? No fue esta en verdad la pregunta de esta convocatoria, pero de algún modo, hablar de la experiencia y de la experimentación parece haber terminado respondiendo a eso.